

Joanna Olech • Edgar Bąk

¡TENGO DERECHOS!

Una guía de los Derechos del Niño

Prólogo de Álvaro Gil-Robles

Traducción del polaco de
Marta Słyk y Ernesto Rubio

 Siruela

Las Tres Edades **Nos Gusta Saber**

PRÓLOGO

El lector tiene en sus manos un libro muy especial, muy singular, ya que su autora, aprovechando el personaje de Caperucita Roja, nos hace reflexionar sobre problemas actuales a los que no siempre prestamos la atención que se merecen.

Y lo hace trasladando un doble mensaje no solo a los jóvenes lectores, sino también a los no tan jóvenes, a todos nosotros que tenemos la responsabilidad de dar ejemplo con nuestra conducta, de respetar los principios y valores básicos de la convivencia y el respeto por los demás y muy en especial los derechos de los niños.

El libro me parece por ello un lúcido ejercicio de reflexión sobre la profunda crisis de valores por la que atraviesa nuestra sociedad contemporánea y la necesidad de hacerle frente, inculcando estos desde la más temprana edad y formando así verdaderos ciudadanos conocedores de sus derechos y sus obligaciones.

Utilizar a una Caperucita Roja plenamente integrada en nuestro tiempo, en el de los lectores de hoy, utilizando su lenguaje y hábitos de comportamiento, es todo un acierto. Situarnos ante los problemas reales que hoy han de soportar y sufrir muchos más niños de los que pudiéramos imaginar, haciendo frente a esas agresiones y abusos con firmeza, y recordarnos uno a uno los derechos fundamentales del niño es sencillamente genial.

Además, esta Caperucita Roja de nuestro tiempo abandona el bosque y se sumerge en los problemas cotidianos de

su barrio, rodeada de otros muchos personajes conocidos y queridos por todos nosotros, como Pinocho o Blancanieves, para crear una banda de niños que hacen frente a los abusos, las arbitrariedades o la violencia contra los más débiles e indefensos.

Son personajes que se desprenden de su aura original de cierta ñoñez para transmitirnos un mensaje de compromiso con la defensa de lo fundamental, de los derechos humanos y de los de los niños en primer lugar.

Nueve pequeños cuentos, a cuál más divertido y mejor escrito, que, además de permitirnos disfrutar de las aventuras de personajes clásicos de la infancia, nos los muestran en su faceta de activistas comprometidos, recordando a los lectores infantiles que no tienen por qué soportar situaciones inaceptables; enseñándoles a rebelarse ante las injusticias, la opresión o la violencia. Sin olvidar que el respeto de los derechos está íntimamente unido al cumplimiento de nuestros deberes. Dándoles, en suma, una magnífica lección de ciudadanía.

Es difícil transmitir mejor y en tan breve espacio tanto contenido positivo y formativo, a la par que entretenido.

Felicidades a la autora, de todo corazón. Ojalá hubiera más iniciativas como esta.

Álvaro Gil-Robles,
Sotosalbos, a 5 de marzo de 2019



Hace mucho, mucho tiempo (para ser más exactos, el martes pasado), no en ningún reino muy lejano, sino en la calle del Arándano número 13, se abrió una portezuela verde y de ella salió una niña no demasiado alta.

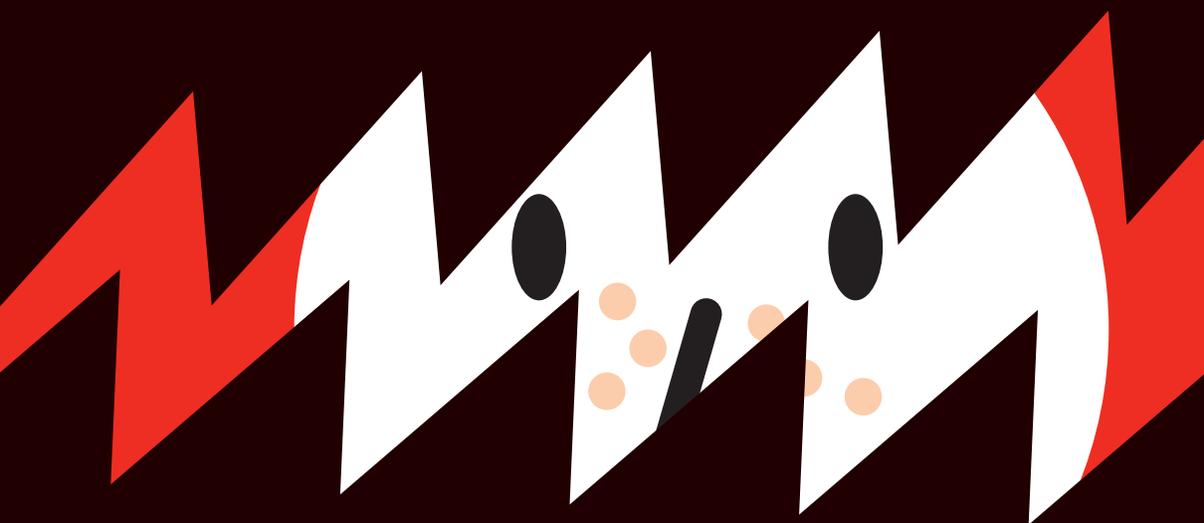
Tenía la nariz respingona y pecosa y unos pies especialmente grandes metidos en unas zapatillas rojas. En la mano llevaba una cesta de mimbre repleta de manjares: una botella de sirope de frambuesa, unas nueces con miel y una tarta de ciruelas cuidadosamente envuelta en papel de cocina. Encima de todo se veía una aspirina y el último número de la revista semanal *Tu Ordenador*, que tanto le gustaba a su abuelita.

La niña se ajustó los cordones de su caperuza roja y echó a andar en dirección al bosque que empezaba justo detrás del cruce entre las calles del Arándano y de la Patata. Bueno, más que un bosque era un bosquecillo o, mejor dicho, una diminuta floresta a las afueras de la ciudad. En el otro extremo, en una casita pintada de color tortilla, vivía su abuelita. Para ella precisamente eran los dulces de la cesta de Caperucita. La niña avanzaba por un estrecho sendero lanzando piñas a los arbustos cercanos.

Y de pronto...







—¡Ay! —Tras el último lanzamiento, alguien gritó desde los arbustos y entre las hojas apareció la desgredada cabeza del Lobo.

—¡Uy! —exclamó desconcertada Caperucita—. Lo siento mucho. No le había visto...

—No pasa nada —gimió el animal, abriéndose paso entre los arbustos—. No me voy a enfadar con una niña tan guapa. —El Lobo torció el morro y esbozó una zalame-
ra sonrisa. A continuación, se aproximó tanto que la niña

pudo percibir el olor a colonia barata—. Aunque un besito de hacer las paces tampoco estaría mal. —El animal puso morritos—. Dale un abrazo a tu títo, pequeña. Sube aquí encima. —El Lobo se dio una palmada en sus sucias, peludas y enmarañadas patas.

Caperucita retrocedió, asustada, pero el Lobo la siguió, extendiendo unas negras garras que hacía tiempo que no veían unas tijeras.

—No tengas miedo, pequeña, tu tío el Lobo solo quiere contarte los botoncitos del vestido.

—Usted no va a contar nada —se indignó Caperucita—. Y menos aún botones. Por favor, apártese, tengo prisa por llegar a casa de mi abuelita.

Pero entonces el Lobo agarró a la niña por la cintura y la alzó en el aire hasta que las zapatillas rojas se balancearon sin tocar el suelo.

Solo llegó a ver la furiosa cara de la niña y dos filas de pequeños dientes que se hincaban en su hombro; después... ¡CATACRAC! Se oyó un golpe y todo se volvió oscuro.

Cuando despertó al cabo de un rato, vio que estaba en el suelo atado como una salchicha con un cinturón de albornoz rosa. Sobre él se inclinaron dos caras: el bigotudo y severo rostro del señor Guardabosque y el sonrosado semblante de la Abuelita coronado por una cofia blanca bordada.

—¡Vaya, por fin se despertó el «títo Lobo»! ¡Pua! A este payaso lo voy a resetear y a actualizarlo después a paraguazos —resopló la Abuelita, dando un puntapié con su pantufla en el pardo pelaje del Lobo.

—Menos mal que he llegado a tiempo. —Meneó la cabeza el Leñador—. Y que su nieta está muy espabilada. En cuanto vio un desconocido entre los arbustos, marcó el número de su abuela.

El Lobo, tirado en el suelo, gimoteó y parpadeó nerviosamente con los ojos inyectados en sangre al ver encima de él la pecosa carita de Caperucita Roja. La niña se sacó del bolsillo un papel enrollado y lo desplegó. Ante los ojos del Lobo apareció un texto escrito a mano con muy buena letra:

**Nadie tiene derecho
a hacer daño a
un niño ni a
avergonzarlo,
asustarlo o
incomodarlo.**

FIRMADO: EL DEFENSOR DE LOS DERECHOS DEL NIÑO

—Ahora los únicos botones que contarás serán los de tu pijama en la cárcel —dijo Caperucita.

—Ah, se me olvidaba —añadió la Abuelita—. Los guardias de la prisión son los tres cerditos.

